

## Viaje al manicomio

Chechu Álava. Almalé y Bondía. Nacho Bolea. Carmen Calvo.  
María Gimeno. Louisa Holecz. Marta L Lázaro. Fernando Martín Godoy.  
Sandra Moneñy. Charo Pradas. Sara Quintero. Mery Sales.

14 de septiembre \_ 23 de noviembre, 2019

Recuperar los nombres y las voces de algunas de las mujeres creadoras que por ser consideradas locas fueron silenciadas o expulsadas del cuerpo social y político establecido, es uno de los propósitos que guía el proyecto *Viaje al manicomio*, cuyo título tomamos prestado del libro autobiográfico que la feminista Kate Millett publicó en 1990. Revivir las experiencias de sus encierros en centros psiquiátricos fue para Millett un modo de sobrevivir reivindicándose, enfrentando su desconcierto, impotencia e inseguridad que siguieron a un diagnóstico que la consideraba loca. A través de la escritura y de su decidida apuesta por la cordura, Kate Millett denunció el fracaso de un sistema que, todavía hoy, estigmatiza la enfermedad mental.

En 1994, tras una conferencia celebrada en el Instituto Naropa, en Colorado, Gregory Corso, miembro de la *Beat Generation*, respondía a la pregunta sobre la razón de que no hubiera mujeres en el grupo: "Hubo mujeres, estaban allí, yo las conocí, sus familias las encerraban en manicomios, se las sometía a tratamientos de electrochoque. En los años cincuenta si eras hombre podías ser un rebelde, pero si eras mujer tu familia te encerraba. Hubo casos, yo las conocí. Algún día alguien escribirá sobre ellas". La editorial Bartleby editó en 2015 *Beat Attitude. Antología de mujeres poetas de la generación beat*. Entre aquellas mujeres que ocuparon un segundo plano, figura Joyce Johnson que tituló sus memorias, significativamente, *Personajes secundarios*. O Elise Cowen, a quien sus padres censuraron su poesía y encerraron en diferentes psiquiátricos para silenciar su espíritu rebelde.

Durante un seminario dedicado a la palabra poética, Alda Merini se mostró molesta ante la insistencia sobre sus internamientos que los reducían a una mera anécdota; el manicomio, dijo, no crea poesía, en todo caso la poesía es manicomio. Toda mujer tiene sus manicomios: padece intolerancia, enfrentamientos, miedos, emotividad, abandonos, revanchas. Por su experiencia sabía que lo que se pretende castigar es el intelecto.

Han sido tantas las mujeres arrojadas a una demencia institucionalizada que acabó volviéndolas locas. Algunas lograron salir; todo un milagro. Otras no resistieron la tentación del suicidio para salvarse. Y otras enmudecieron. En la recuperación de sus voces a través de las obras de artistas actuales, que las citan, y del ciclo de charlas y mesas de trabajo que abordan sus legados, está el deseo de vindicar la radicalidad de sus alegatos y la decisión de mostrar el malestar que coartó su libertad.

Todo proyecto tiene un origen. Este partió de la propuesta que Sara Quintero presentó a La Casa Amarilla sobre el encierro de Leonora Carrington en el sanatorio psiquiátrico del doctor Morales en Santander, en 1940, una experiencia que la artista revivió tres años después en su relato *Memorias de Abajo*, escrito para conservarse lúcida y protegerse contra la hostilidad del conformismo. Leonora Carrington confesó a Breton su miedo a perder la cabeza; "desafía y vencerás" fue el consejo que recibió. Sara Quintero la dibuja plácida entre hienas, atrapada en el sueño de ser un caballo disfrazado de niña, y encerrada en la locura. "No quiero caminar entre locos" dice la Alicia del cuento que tanto fascinó a Leonora. "Oh, no puedes hacer nada al respecto, todos aquí estamos locos", le respondió el gato. Mientras tanto, Leonora escribía su Manual de Desobediencia.

No hay espacio a la resistencia, escribe Marga García Puig en el prólogo del libro de Kate Millett, *Viaje al manicomio*. Nuestra propuesta es construir un espacio de reflexión y de crítica sobre las posibles causas que explican la permanencia de viejos modelos en la genealogía y tratamiento de la locura, instituida en el manicomio. La rebeldía fue y continúa siendo uno de los factores que alteran las normas sociales; y las mujeres han sido víctimas propiciatorias a lo largo de la historia. Fueron muchas, demasiadas, las mujeres creadoras que experimentaron encierros en psiquiátricos por indicación de familiares y amistades. Rebeldes y audaces, desafiaron con sus obras radicalmente subjetivas tabúes y miedos heredados, a riesgo de perder su dignidad, su intelecto. Quedan sus voces, que ahora recuperamos en este proyecto a través de la lectura de sus textos y poemas, y de las obras en exposición que citan las experiencias de mujeres artistas que vivieron el cotidiano descenso al infierno.

En *Delito de vida*, Alda Merini cuenta cómo un loco que trata de escapar del manicomio ve desde el alto muro la agitación de la calle y pregunta a un transeúnte: "¿Cuántos son ustedes en su manicomio?". ¿Estamos dentro o fuera del laberinto que fotografían Almalé y Bondía? Carmen Calvo lo sabe. Dentro, estamos dentro. Mery Sales recupera en su obra, quizás sin saberlo, el deseo de Leonora Carrington: "No me quites lo más importante que hay en mí: pintar". Nacho Bolea recoge fragmentos de una unidad perdida para la serie de ensamblajes que titula *Disorders*, un término inglés que permite muchas acepciones: desórdenes, desequilibrios, trastornos...; en lo alto, pequeñas figuritas que mencionan a Alejandra Pizarnik, Lucía Joyce, Unica Zürn, Zelda Fitzgerald, Yayoi Kusama, Elsa von Freytag-Loringhoven y Anne Sexton. María Gimeno experimenta el desequilibrio, que es el nuestro. Y Charo Pradas concentra la energía en el automatismo de sus pinturas y dibujos. Louisa Holecz pinta el jardín del manicomio donde Camille Claudel murió al final de treinta años de encierro. Existen fotografías de aquel jardín pero ¿cómo lo veía y sentía Camille Claudel? Holecz lo pinta seco y estéril como las hebras que surcan hirientes el cuerpo de la escultura *Cloto*, la parca del destino que Claudel modeló como una representación visionaria de su futuro, a la que Holecz alude con los intensos reflejos que bañan la superficie de su pintura, arrastrando la mirada hasta lo más profundo. Dora Maar caminó sola con su poesía en un vasto paisaje de locura, miedo y pena. Marta L. Lázaro rescata su voz poética.

El 17 de febrero de 1963, Anne Sexton escribió el poema "La muerte de Sylvia". "[...] ¡Ladrona! / ¿Cómo te has metido dentro, / te has metido abajo sola / en la muerte a la que deseé tanto y tanto tiempo [...]". Sylvia Plath se suicidó en Londres el 11 de febrero de 1963; Anne Sexton, el 4 de octubre de 1974. Compartieron tanto. Y ahora vuelven a estar juntas en los retratos que les dedica Chechu Álava.

La Baronesa no se quiso frágil, lo suyo fue experimentar todas las posibilidades, mostrar las máscaras, subvertirlo todo. Siempre al margen y a la intemperie. Fernando Martín Godoy la retrata loca y perfectamente cuerda. Dislocada, al fin.

Y Sandra Moneñy dibuja delicados ramilletes de mímulos, cerasíferas y heliantemos, que apaciguan los miedos.

[Chus Tudelilla y Juan J. Vázquez, comisarios]